

# MEMORIAK

Memoriaren eta memoria eta historiaren arteko harremanen gainean asko idatzi da eta horren berri ematea, hausnartzea, argudiatzea... oso interesgarria izango litzatekeen arren, ez dut uste hau leku aproposa denik. Izan ere, ez da hau nire lehen ahalegina, beste saiakera batzuk, nahiz eta luze eta sakonagoak izan, paper ontzian —egia esan ordenagailuan— gelditu dira gaiaren konplexutasunak garaituta.

Tira, laburtu nahi nuena luzatzen ari naiz. Naturren harira!

Zapran gagoz gatazka bateko ikuspuntu biak dauzkagulako. Gainera Lekeition gertatutakoak hurbil-hurbiletik dakartzkigute. Halako zorterik!

Jakina, biak lekuko fidagarritzat ditut. Okamika alkate ohia oso ezaguna dugu, izango duzu berak idatzitako lan batzuk ezagutzeko aukera. Anton Ansotegi ere ezaguna genuen baina ez genekien gerra garaiko memoriak batu zituenik. Memoriaren ohiko azpikeriek eta freskotan idatzi ez izanak ez dute lausotzen horien balioa.

## Mis vivencias durante la guerra civil



En mi época de mozalbete estudiaba el bachillerato en el Colegio de P.P. Mercedarios de la localidad lekeitiarra. Mis compañeros, casi en su totalidad eran hijos de partidarios del Partido Nacionalista Vasco (que predominaba en la localidad). Y, como era natural recaían en él sus simpatías. Cuando contaba yo unos 14-15 años se me presentó una opción para ingresar en el Eusko Ikasle Batza (Agrupación de Estudiantes Vascos), de idéntico signo. Y yo con mis amigos más íntimos, llevado más bien por la inercia, me inscribí igualmente. Llevábamos en la solapa una insignia del Arbol de la Ciencia (en verde) sobre fondo de oro (me parece).

Nuestro centro o lugar recreativo lo teníamos en un piso alquilado de la calle de Goikokale, en el 24-1º, si mal no recuerdo. Allí, en los ratos de ocio que nos dejaba el “cole” (entre las 5 y media y 6 y media de la tarde, en que teníamos la última clase), jugábamos a las cartas o leíamos tebeos euskéricos: *Potxolín*, *Pintoxon Sudurra*, etc. o incipientes novelas para adolescentes, en lengua euskérica, también. Había, igualmente, un pequeño billar sobre una mesa, con bolas de madera que apenas si corrían.

Del mismo modo, recuerdo, que con motivo de la inauguración del batzoki de Bermeo (hacia el año 34 o 35), fletaron en nuestro puerto como un par de embarcaciones, y con el paquete de bocadillos, felices y contentos pusimos proa al mar, pero el trayecto marino no me sentó demasiado bien, pues había niebla además de marearme un tanto. Y, era la primera vez que embarcaba para un trayecto tan largo. La disculpa en casa (no sabía como lo habían de tomar) era que íbamos simplemente a una excursión estudiantil, pero nada de abertzalismo. La República, que tan bien había sido acogida en un principio, pronto defraudó; a todos. En los 5 años que pudo durar hasta la preguerra, hubo insurrecciones a mansalva, como la de derechas del año 32 (de Sanjurjo), los socio-comunistas de Asturias del año 34, los anarquistas de Casas Viejas, etc. Y llegó, además la del año 36, o alzamiento en armas contra la República, de un grupo de militaristas apoyados por parte del ejército nacional y los grupos políticos como requetés, falangistas, renovación esp. y otros grupos de derecha. A la República apoyaban, parte del ejército nacional, los sindicatos y grupos de izquierda, anarquistas, y los nacionalistas vascos y catalanes. Duró casi tres años de combates, y con la paz, sus efectos duraron aún cerca de cuarenta años.

La cuestión era que pasados los primeros momentos de incertidumbre, la geografía nacional se dividió en tres zonas...

A nosotros, por tanto, nos tocó el lado republicano (al decidir, los nacionalistas, el apoyarlos)...

La ofensiva, prestamente iniciada por los nacionales contra los “giputxis”, dejó en manos de los nacionales a toda Guipuzcoa, hasta Ondarroa, que la ocuparon el día 4 de octubre. Nuestro frente, se estabilizó, pues, en esa fecha en Azterrica, a 9 km. de Mendeja, durante 6 meses. Y, por mar, sufríamos el bloqueo naval, impuesto por la flota de nuestros adversarios. Por lo que, en lo que a nosotros respecta, para mediados de agosto comenzaban a escasear no pocos alimentos, estableciéndose por tanto cartillas de racionamiento para lo más perentorio como el pan, aceite, legumbres, jabón, etc. además de tabaco. De nuestra fábrica (Ocamica), nos llevaban carros de latas de conserva (principalmente latones de 6-7 kg) de bonito en escabeche que eran orientados por el llamado “Auxilio Social”, hacia las colonias familiares de los refugiados guipuzcoanos procedentes de sus pueblos de la zona tomados militarmente por el ejército “nacional”. A cambio, nos entregaban unos vales que en realidad para nada sirvieron, dado que aunque la Conserjería (sic) de Bienestar Social del Gobierno Vasco hacía efectivos los importes del adeudo de los vales, los intermediarios lekeitanos del llamado “Comité de Defensa de la República” (constituido por el Ayuntamiento Pleno complementado por 2 individuos más de cada partido político de los afectos a la República) no nos lo hacían efectivos, al considerarnos desafectos a su causa.

Bocca della verità, Roma (Egiaren ahoa)



Mi padre, con buena medida de previsión, se había dirigido con anterioridad a la entidad “Cofradía de pescadores” y para disfrute de sus cosas a repartir entre los marineros, les dejó en depósito una buena porción de latas de conservas (las que pudo detraer de las que nos iban expropiando sin visos de retribución), condicionándoles su reintegro para después de finalizada la contienda. Al menos, la cuantía de estas, aunque tarde, las pudimos recuperar.

Empero, hacia últimos de setiembre, el “soplo” de un amigo, integrante del “Comité... republicano”, nos comunicó iban a hacer represalias sobre los considerados enemigos políticos, y que fuera lo mejor, pusiera mi padre tierra por medio, y se alejara del pueblo.

Salió días después de casa, y por Oleta a través de los montes se trasladó primero a Berriatua (situado entonces entre ambos frentes de combate), recaló unos 3 o 4 días en un caserío de sus parientes (primos carnales), y luego, de allí por los montes hacia la costa, hasta Deba. Los “nacionales, le recibieron de buen grado, y a seguido fue a San Sebastián, a la expectativa de los acontecimientos de la contienda, como pupilo a la pensión o Bar Derteano, en la calle Mary 13, esperando como decimos lo que pudiera deparar el porvenir en un futuro.

Más, lo que son las cosas. Una Patrullera “Nacional” que vigilaba nuestra costa, divisó y apresó mientras faenaba a una embarcación pesquera lekeitiana (me parece que la “Miren Begoña”), siendo sus tripulantes tomados como rehenes y conducidos de esa guisa a San Sebastián, donde todo quedó en verlas venir. Pero, noticioso nuestro padre del acontecer (en Donosti), sin pensarlo siquiera dos veces, se presentó ante el Gobernador Militar de dicha plaza solicitando su excarcelación. En vista de que no fuera fácil los soltaran por las buenas, expuso sucintamente ante las autoridades una serie de razones como el que fueran buenos chicos, el que se les mostrara (como propaganda) el esplendor (sic) y opulencia con que se vivía en la capital guipuzcoana en contraste con las penurias de Vizcaya, etc. Le cayó bien al Supremo mando los argumentos de don León, pensando igualmente que la suelta de los apresados sería un buen rostro para su publicidad. Así que, animoso don León, les llevó personalmente por las calles donostiarra, tomaron aperitivos, y obsequió con lo que deseaban para llevarlos a los familiares. Sobre todo se llenaron los bolsillos de tabaco, dada la carencia que tenían en su villa natal, sometidos desde tiempo atrás a riguroso racionamiento. Embarcáronse e hicieron a la mar libres, contentos y agradecidos, sobre todo a don León, por el trato dispensado.

Entretanto, en la villa lekeitiarra, en reciprocidad a la captura del pesquero, se tomaron también rehenes, sobre la gente considerada como adicta a la causa franquista, enviándola detenida a la capital vizcaína, distribuyéndolos entre diversas cárceles y barcos-prisión.

Para nosotros, la familia, sabedores los gubernamentales, que nuestro padre estaba “en el otro lado”, y considerando la importancia política que debía desempeñar dada la liberación de prisioneros por su exclusiva mediación tanto de embarcación como de tripulantes, se agudizó nuestro “calvario”. En casa, en el domicilio, solamente estábamos nuestro anciano abuelo materno, mi madre, la hermana, y el que suscribe. Comenzaron poniéndonos guardia armada en el portal. No salíamos de casa. Pasaron luego a los milicianos al primer descansillo, junto a una de las puertas de entrada a la fábrica, impidiendo nuestro acceso a la misma, mas no la salida a la calle. De inmediato, nos requisaron la fábrica de conservas con todo su contenido: el salazón enlatado durante la pasada primavera (que lo teníamos íntegro) lo que quedaba del bonito en conserva y todos los materiales para la fabricación de conservas: hojalata, laterío vacío, aceite, vinagre o carbón, estaño, sal, leña, etc. además como decíamos más arriba de un sinfín de conservas en aceite y escabeche, de distintas clases y tamaños.

Tras la expropiación a que nos sometieron, adjudicaron la fábrica en régimen (¿de alquiler?) a Conservas Ortiz (marca “El Veler”), de Ondárroa, exiliado por entonces su propietario (don José), en nuestra villa, donde pudo seguir así sus dedicaciones, y la suerte de encontrarse, de improviso, con enorme cantidad de anchoa en salazón dispuesta a ser fileteada y la mano de obra necesaria por el enjambre de muchachas, las trabajadoras de familias que venían retrocediendo del litoral guipuzcoano, a medida que avanzaban las tropas nacionales.

Nos bloquearon, además, las cuentas bancarias, quedándonos sin poder retirar efectivo de aquellas entidades financieras, ni poder pedir créditos por supuesto. Nos hallábamos en peor situación económica que los pobres de solemnidad, sin tener a quien recurrir. Y, todo el pueblo, lo sabía. Recordamos al respecto, como habiendo recibido a través de la Cruz Roja Internacional una postal enviada de

la otra zona por nuestro padre, que debíamos recoger personalmente en las dependencias de aquel organismo en la capital vizcaína, decidimos viajar en taxi alquilado, por no atraernos miradas compasivas ni de cualquier otro género, que vaya usted a saber... Este, el chofer, lekeitiarra, aun conociéndonos de siempre (sabiendo de nuestra apurada situación económica por aquellos tiempos), casi a guisa de saludo, lo primero que pretendió fue ajustar cuentas, y dijo a mi madre;

—Bueno, señora, pero el viaje costará 25 pesetas.

—No te preocupes. Ya te lo pagaremos.

y se quedó... más tranquilo.

Mas, Dios aprieta pero no ahoga. Al poco tiempo pudimos salir de la delicada situación económica en la que nos encontrábamos, debido a que aparte del edificio de fábrica en sí, teníamos entre propias y ajenas (en régimen de alquiler), en los números 15-13 y 11 de la calle de Achaval, unas cuantas bodegas para que en casos de grandes arribazones de anchoa pudiéramos almacenarlas en aljibes de cemento, aunque en desuso en aquellas fechas, como lo pudieron cotejar los inspectores enviados por el Comité Republicano de Incautación de Bienes.

Empero, teníamos otra al lado de la última, en el número 9, también abandonada o en desuso desde épocas de Maricastaña, pero que contenía bastante cantidad de sal aunque amontonada, solidificada, como pétreo dado el decurso del tiempo pasado. Una lucecita se encendió en la cabeza de nuestra madre, y recordó el evento. Y, allí me tenéis con mis 16 años como convertido en minero. Acompañado de algún panadero, sigilosamente, a las horas de menor tránsito a fin de que nadie se percatara, nos introducíamos en el viejo almacén. Debía utilizar para extraerla pico y pala; había veces que me ayudaba el comprador. Lo echábamos en un cajón y calculábamos el peso en una vieja báscula bastante oxidada. Es que entre las carencias de la situación imperante, al haberse terminado sus existencias con ausencia de nuevos abastecimientos (normalmente los recibíamos de Levante) faltaba la sal. Nosotros, contactamos primeramente con el panadero mendexarra Quincoces, y luego él bajo sigilo se lo dijo a otro compañero, y este al de más allá. Surtía yo así por callandines a casi todos los panaderos de la villa y recuerdo incluso que hasta de Guernica venía un comerciante llamado Olivares.

Hasta el pueblo, carecía ordinariamente de sal. Quien podía comprar anchoa en salazón. Consumía, sí, la anchoa, pero principalmente para aprovechar como condimento, la sal. En esto, éramos afortunados. Por aquellas semanas de sept-octubre del 36, sufrió la villa algunas inconveniencias. Durante unos días, 3 o 4, un avión militar de la otra zona bombardeó el pueblo. La verdad, que no fue demasiada cosa, pero 3 o 4 bombas, aunque solo fueran de 10 o 12 kg tiradas a granel sobre la población, causaron como 3 o 4 muertos. Mi hermana Matilde, se puso como una loca, con un miedo horroroso, y decidió mi madre que mientras persistiera aquella situación, nos trasladáramos a vivir a Amoroto. A casa de nuestra lechera, Rufina, quien no puso el menor inconveniente. Permanecimos allí por espacio de un mes y en vista que la situación se había restablecido, volvimos de nuevo, a casa.

En el pueblo, a la atalaya se la utilizaba como observatorio de vigías, y a la torre de la iglesia matriz como la voz de alarma para que los residentes en la villa, acudieran a los refugios, que los había en buen número, como: bajo el campanario, bajo la huerta del palacio de Longa (hoy de las MM. Agustinas), y en entrecalles como la de Trinidad, Ezpeleta, Arranegui, Beaskokalea, y otras.

Aunque no ofrecían seguridad alguna. Si llega a caer alguna bomba se caen las casas sobre los refugios... y a ver quién se salva. Es que tales cobijos se habilitaron entre las casas de calles estrechas aprovechando sus fachadas, que se fijaban con troncos de pino que sujetaban un tinglado sobre el que se colocaban primeramente como 2 o 3 filas de sacos terrosos llenos de arena, sobre ellos planchas de hierro, y encima dos o tres filas de adoquines.

Claro que, nosotros, no podíamos utilizarlos. Éramos enemigos del régimen, de los bombardeantes en su opinión, así que... cualquiera se metía en ellos. El más ligero bombardeo, hubiera podido al más prudente incitar a lincharnos. La bonhomía de nuestro padre en la liberación de los arrantzales en Donosti, nos perjudicó. Por eso, para salvar nuestra precaria situación al respecto, decidimos subir al monte Lumentxa. A la cueva paleolítica de Garratxa. Mientras no hubiera aviación a la vista, tomábamos el sol (si lo había) en la salida norte. Si no, permanecíamos ocultos. Y, nos juntábamos como 3 o 4 familias en situación política similar a la nuestra, aunque no tanto. Permanecíamos allí todo el día,

pues salíamos de casa antes del amanecer, cuando todavía la aurora precedía a la salida del sol, volviendo hacia casa ya anochecido.

Luego en casa casi diariamente, una serie de visitas. De milicianos, claro, que exigían imperiosamente les diéramos mantas, colchones, utensilios de cocina, herramientas, etc ¡y cómo les íbamos a complacer si previamente se habían llevado otros cuanto teníamos! Les enseñábamos cuanto poseíamos: la cocina, las habitaciones en que dormíamos y ni lo querían cuanto hubieran visto pues lo mejor ya se lo habían llevado otros. Y no comprábamos nosotros nada nuevo, pues no faltaría quien viniera a llevárselo. Así durante casi seis meses. Hasta el día de la evacuación general, el día 27 de abril (de 1937, claro). Aquella misma tarde el pregonero dio la orden de dejar el pueblo, pues los nacionales (“los nuestros”) se habían apoderado de todo el territorio sito entre nuestra villa, Guernica totalmente arrasada desde un par de días antes, por la aviación alemana de la Legión Condor<sup>1</sup>, y hasta donde alcanzaba la ría de esta. Pues, al ser ocupado el monte Oiz, a seguido el pueblo de Arbasegui, una vez arrasada la villa foral, decidió el Estado Mayor Vasco, el repliegue hasta la ría guerniquesa, manteniendo una nueva línea defensiva que corría del Sollube (sobre Bermeo y al oeste de Guernica) hasta el Urimendi, entre Durango y Amorebieta.

Fue un día notablemente largo para nosotros. Volvimos de la cueva con enorme sigilo. Aunque procurábamos escondernos nos cruzábamos con cantidad de personas, que a mano, en carros o donde pudieran, llevaban hacia el exilio lo mejor de lo que disponían. Nosotros, por temor a que pudieran destruir o incendiar nuestras pertenencias materiales; fábrica de conservas y domicilio familiar como luego nos enteramos habían hecho con el “chalet” de Orue (sobre Carraspio), el edificio de la aduana (sobre Isuntza) y el Palacio de Urizarren, nos habíamos puesto en contacto con una familia adicta a la República, que en reciprocidad a su recelos respecto de lo que pudieran sucederles a la vitoriosa (sic) entrada de la facción opuesta (nosotros), no pusieron inconveniente ni dudaron tampoco el habilitarnos su bodega (bajo su domicilio), para que al menos pudiéramos pernoctar en ella, aquella noche. En nuestro domicilio, solamente quedó nuestro abuelo Ignacio que no quiso abandonarlo, por más que le rogáramos.

Nos dirigimos hacia la bodega. La mujer, todo eran excusas pues no habían tenido tiempo de adecentarla, y era lógico. A todos nos cogió de improviso la evacuación. Era un cuchitril, que no lo utilizaban, y había por doquier papeles de periódico, papeles pintados (restos) y trozos de madera de armarios, etc. Y, quizá algún gato, pues nosotros a oscuras (para no delatarnos) veía yo brillar algún ojo a la luz que se filtraba por entre las tablas de la entrada de la calle. Quizá no fuera gato pero sí roedor, pues me daba que tal huesped aserraba madera... y conejos no había. Madre y hermana no me dejaban hiciera alusiones al respecto, dado que solamente el pensarlos les repelía y les ponía los pelos como clavos. Mi madre se asentó sobre un desvencijado sillón con falta de abrazaderas, mi hermana no lo recuerdo, y el que suscribe sobre alguno de los peldaños de la escalera que conducía a la salida. Me dormí bastante pronto aun con los ruidos que venían de la calle, por lo que no toda la jornada. Y es que el Gobierno de Euskadi había puesto a disposición de los evacuantes gratuitamente el viaje a Guernica, una y otra vez. La Cofradía de Pescadores, puso por su parte las embarcaciones a la orden de quienes quisieran marcharse (solamente quedó una embarcación en puerto: la “San Juan”). Incluso particulares hacían de taxistas, y luego de haber trasladado a sus familiares, volvían y en solidaridad con los que quedaban y nada tenían, ponían sus vehículos a su disposición. Por otro lado, el que tenía moto lo hacía en moto; algún otro en bicicleta, y hubo quien al no encontrar mejor medio, lo hizo a pie. Una vez idos todos, no quedó sino un sepulcral silencio. Probablemente, entonces me dormí.

Salimos de la bodega sin que la aurora despuntara. No se veía todavía el amanecer por parte alguna. Solamente al pasar por Guernikabeitia hacia el monte Calvario, una gran luminosidad se divisaba hacia la bahía. Era la proveniente de la quema del Palacio de Urizarren por un último grupo anarquista (3 hombres y 1 mujer) que pretendieron también hacerlo con la basílica, mas como luego nos informaron un grupo de jóvenes (de los que se quedaban), no se lo permitieron.

No quisimos encontrarnos con nadie que nos importunara, y sigilosamente escaleras arriba cerca del Cementerio, nos encaminamos hacia nuestra morada.

Esperábamos que por última vez. Como siempre, entramos por el acceso sur y atravesamos la cueva hasta la salida norte. Ya en ella, el espectáculo era impresionante. En lontananza se divisaban las iluminaciones pertinentes: la procedente de la quema del “chalet” de Orue sobre Carraspio, la del edificio de aduana sobre la de Isuntza. Pero, sobre todo, a nuestros pies (a menos de 100 m. de donde nos hallábamos), el Palacio de Urizarren, todo en llamas. Sobre las 11 de la mañana, a un tiempo y en un solo estridor toda la techumbre del mismo, se vino abajo. Teníamos miedo de lo que había podido pasarle a nuestro abuelo, casa y fábrica, pero no nos atrevíamos, a movernos del monte y llegar al pueblo por temor a encontrarnos con algunos rezagados. Mas, el asunto se resolvió casi de inmediato. Sobre las once y media de la mañana vimos doblar la curva de Kurltxu grupos de soldados. Nos llegamos a ellos y pudimos saber que se trataba de un pelotón de requetés navarros y una compañía de Flechas Negras italianos, que no pararon hasta la plaza mayor y tomaron posesión de la Casa Consistorial donde izaron la bandera roji-gualda.

¡¡¡Eran los nuestros. Habíamos sido liberados!!! En casa, nuestro abuelo se encontraba bien. No había novedad. Había sufrido lo suyo en silencio, pero al poco murió. La fábrica, sin efectos. Se habían llevado todo lo envasado, lo portable, y apenas si quedaba algo de utilidad. Estábamos arruinados.

Al siguiente día, en una embarcación procedente de Motrico con exiliados, llegaba también nuestro padre. Alegre, como siempre, y traía regalos. Nada de flores ni objetos de adorno. Nos abrazó efusivamente, y dejó sobre el suelo del muelle un saco con hogazas de pan, patatas y dos medios corderos.

Nuestro padre nunca se había sentido más complacido, ni descansado. Jamás había tomado ni un solo día de vacaciones, así que vaya feliz que volvió don León del exilio de San Sebastián, con la fábrica saqueada (sí), arruinado (también), cosas que él los ignoraba, pero siete meses de paseo, y a pan y mantel. Dígame usted.

Tuvo la suerte de encontrar albergue en el Bar Derteano (Mary 13) del puerto, en San Sebastián. Le dieron crédito suficiente para el tiempo que durara la situación creada, que siempre se esperaba que fuera de pocas semanas. De otro lado, recordó que le debía dinero (la contienda había interrumpido los contactos comerciales) un tal Jack Neizzen, de Monikendan (Holanda) a quién días antes de su huida había provisto mi padre de conservas. Y, de otra firma inglesa, que aun no sabiendo mi progenitor de ortografía inglesa, solicitó su adeudo y le hicieron efectivas una porción de libras esterlinas.

Así las cosas, como podemos ver andaba de “coser y cantar”. Como un Pachá. Satisfecho en su pensión donostiarrá. Buenos paseos y admirable comida. Tuvo que comprar un cinturón de doble ancho (de encargo), según su decir, para sostener la tripa. Qué contraste. Nosotros sufriendo la penuria del bloqueo; las “visitas” que nos hacían los milicianos fueran gudarís o de otra facción del ejército popular, que tanto da. Y como ya hemos narrado anteriormente nos llevaban todos los enseres que sirvieran para algo, incluso mesas y sillas... y lo pero (sic) era que no sabíamos cuándo iban a terminar sus exigencias. Es que jéramos desafectos al régimen y no se nos reconocían derechos!...

Llegados los nuevos ocupantes y con el reciente régimen implantado, las “cosas” siguieron más o menos como estaban. Solamente, que ahora eran “otros” los desafectos, los parientes de los exiliados, etc. Como gran número de personas habían huido en la evacuación general hacia el exilio quedaron muchas familias abandonadas, sin medios de vida, etc. en cuyo caso las autoridades les proveyeron de alimentos o comidas organizados para tal fin por medio de Auxilio Social. Por lo demás el servicio local de abastecimientos estaba suficientemente provisto, aunque había cartillas de racionamiento para alimentos básicos como aceite, patatas, pan, etc. Pasó el tiempo, los meses se sucedían y la contienda no terminaba. Por ello, pensando que cualquier día pudieran llamarme a filas, me puse en contacto con el novio de mi hermana mi amigo Andrés, y convinimos me presentara voluntario por la duración de la contienda, a fin de poder elegir cuerpo y regimiento.

**Francisco de Ocamica Goitisoló**

<sup>1</sup> Nosotros, desde la planicie ante la boca Norte de la cueva de Lumentxa, observamos tal bombardeo sobre Guernica, por los reflejos que daba el sol sobre los aviones que la atacaban, oyendo, además el estrépito que producían.



# Visicitudes en la Guerra Civil



ABRIL 1937 A ENERO 1940

En plena guerra civil y después de un duro combate desarrollado en el frente de Elgueta, a mi hermano mayor, Felipe, que pertenecía al Batallón Avellanada, le concedieron un permiso de varios días para visitar a su familia. Trajo a casa una tela de mahón y le pidió a mi madre —excelente costurera— que le hiciese unos buzos para él y sus compañeros de Batallón.

Mi hermano Fernando, de 17 años, se había alistado voluntario al Batallón Leandro Carro, pero mi madre no estaba conforme, por lo que realizó gestiones en Lekeitio para que volviese a casa.

Mi madre que enviudó debido a un accidente laboral que mi padre sufrió en la sección de laminación de la empresa Altos Hornos de Sagunto, con resultado de muerte, decidió que en vista de las circunstancias nos marcháramos de Lekeitio. Su intención era pasar a Francia y de allí marchar a Sagunto.

El 28-IV-1937 hacia las cuatro de la mañana, subimos a un barco de arrastre, matrícula de Ondarroa. En el puerto algunos gudarís, también embarcaban los víveres que estaban depositados en la Intendencia.

Después de una travesía relativamente tranquila, atracamos en Santurce. En cuanto bajamos a tierra nos trasladaron a San Julián de Musques, donde pernoctamos en un convento. (Somorrostro al día siguiente fue bombardeado, porque según decían había un aeródromo). Dos días más tarde nos llevaron a Algorta, a una casa que, según decían los mayores había sido requisada a una familia fascista; allí dormíamos y la comida la realizábamos en el Hotel Eguía. A mi madre y a otra señora de Lekeitio, les mandaron a trabajar a una casa donde se hospedaban periodistas y algún político del Gobierno de Euzkadi. Transcurridos 2 o 3 días de nuestra estancia en Algorta, mi madre me dejó al cuidado de mis hermanas —Aurelia de 9 años y Begoña de 7—, yo tenía 13, porque quería ir al Gobierno de Euzkadi, sito en Bilbao, para recabar noticias de mi hermano Fernando.

A su vuelta nos comunicó que tenía un gran disgusto pues, si lo de Fernando estaba solucionado, le habían informado que el hermano mayor alistado en el Batallón Avellanada, había desaparecido. Mas tarde nos enteramos que le cogieron prisionero en el monte San Roque (Santander) y se encontraba preso. Transcurrió una semana y mi hermano Fernando se presentó en Algorta acompañado de un ertzaina. Al día siguiente le llevaron junto a otros hombres, a cargar sacos de arena para proteger las trincheras. Unos días más tarde fui con mi madre a Santurce. En el muelle estaba atracado el trasatlántico Habana, que zarpaba para Inglaterra. En medio de una gran multitud de mujeres y niños, algunos gudarís procedían a embarcar a estos. A mí me pusieron un número en la solapa. Mi madre me acercó a la escalinata del barco, me dio un atillo (sic) de ropa y empecé a subir...

Cuando estaba en la mitad de la escalera, giré la vista hacia el muelle, vi a mi madre y dando media vuelta, bajé a tierra echando a correr hacia casa.

Cuando llegué había anochecido. Antes de que me dijeran nada me eché a llorar, pero no me sirvió de mucho, ya que por parte de mi madre y hermano recibí una buena paliza.

El 13 de junio, a media tarde sufrimos un bombardeo. Tuvimos que salir corriendo, con los obuses silbando por encima de nuestras cabezas. Mi hermano me decía que no tuviera miedo, porque, según él, cuando se oía el silbido ya habían pasado. Llegamos a Arriluce, y en el puerto estaba congregada mucha gente que querían embarcar en dos vaporcitos que allí se encontraban. Como pudimos subimos a uno de ellos que nos llevó a Santurce.

En aquel lugar conocimos a un lequeitiano que nos comentó que si queríamos escapar, él tenía un barco, el Nuestra Señora del Carmen de Ondarroa, que se disponía a zarpar al anochecer, camino de Cantabria. Aceptamos encantados y hacia la mitad de la navegación nos enfocaron con luces y el patrón nos mandó agacharnos para que pasásemos desapercibidos, pues podría tratarse del acorazado “España”. Por fin, llegamos sanos y salvos a Santoña. Al día siguiente paseando por el puerto, me acerqué a ver un bou, momento en el que sonó la alarma y seguidamente se escuchó una explosión en el agua. Un gudarí que estaba cerca

me cogió y me llevó junto a un montón de piedras haciéndome tumbar junto a ellas, recomendándome que no me moviera. Al parecer no era la aviación, sino disparos de cañón desde el mar, posiblemente del destructor “Cervera”. Recobrada la normalidad me acerqué de nuevo al bou y oí comentar a unos hombres que había fallecido uno de sus tripulantes, el marinero lequeitiano, José Arambarri. Ese mismo día por la tarde fuimos a Noja, donde pasamos la noche en una casa de campo. Al día siguiente nos encontramos con un familiar que poseía un coche, poniéndolo a nuestra disposición para trasladarnos donde quisiéramos. Mi madre le pidió que fuésemos a San Vicente de la Barquera, ya que allí teníamos parientes. Estuvimos hospedados en el hotel “Miramar” hasta primeros de setiembre. Durante nuestra estancia, unos milicianos al mando del comandante “El belga”, nos pusieron a mujeres y niños a cargar con sacos de arena para los refugios. También sufrimos los ataques de la aviación, bombardeando carreteras y puentes. Dada la situación nos aconsejaron que marcháramos hacia Asturias, concretamente a Gijón, donde algún barco podría partir rumbo a Francia. Por ferrocarril llegamos allí, donde estuvimos solamente un día. Al día siguiente fuimos a Musel y pernoctamos en un túnel. A la tarde del siguiente día embarcamos en un carguero llamado “Esles”, de Santander. Partimos de noche, las mujeres y los niños íbamos en la bodega y los hombres en cubierta. Hacia el amanecer se oyeron gritos, voces de los hombres y milicianos bastante alterados haciendo comentarios como “el capitán se ha rendido sin salir de aguas españolas”... pues había parado las máquinas.

Mi hermano y yo subimos a cubierta, vimos por estribor cómo el crucero “Cervera” hacía señales con luces y en frente a unos 500 metros estaba un acorazado, posiblemente el “Hood” inglés, y un destructor a su lado.

Unas dos horas más tarde llegó un bou, se acercó a un costado del barco y subieron a bordo un oficial y varios soldados con fusiles. Hicieron subir a todos los pasajeros a cubierta. Instalaron una mesa, al frente de la cual se puso el oficial y empezó a tomar declaración a toda la gente. Cuando le llegó el turno a mi madre le preguntó por su procedencia. ¿Con que eres vasca...eh?, dime, ¿quién destruyó Guernica? Los franquistas, le contestó. El oficial indignado se levantó de su asiento y le dio un sopapo que le tiró al suelo. Mi hermano y yo acudimos a levantarla, pero los soldados la emprendieron a culatazos. Un soldado agarrándole del pelo, le obligó a ponerse en pie. Seguidamente le registraron la bolsa que llevaba consigo. Encontraron un estuche de madera que contenía la documentación y certificados de la empresa Altos Hornos de Sagunto donde trabajó mi padre, en los que hacían constar el derecho de los hijos a colocarse en la misma. Tras romperla lo tiraron todo por la borda.

También tenía tres mil pesetas en billetes de Euzkadi, que mi madre había ahorrado con el esfuerzo de su trabajo, y no robado, como pretendía el oficial. Al día siguiente nos dieron algo de comer: pan blanco, unas latas de sardinas en escabeche y otras de atún —casualidad eran de Conservas Ocamica, Lekeitio—.

Esa noche me puse enfermo, devolviendo y con fiebre. Mi madre se lo comentó al soldado de guardia.

A primera hora de la mañana, me trasladaron al Hospital militar del Ferrol. El barco estaba atracado en los muelles de los Astilleros del Ferrol. Uno de los camilleros se llamaba Vicente Murelaga de Lekeitio. Le había cogido el levantamiento franquista haciendo allí el servicio militar.

En el hospital una monja de la Caridad, me hizo tomar aceite de ricino, por entender que se trataba de un cólico.

Al día siguiente, hacia el mediodía, llegó la monja y me mandó bajar al patio. A mi compañero de habitación, un chaval de Eibar, le dejó en la cama porque al parecer padecía de tuberculosis.

Reunidos unos cuantos muchachos, la monja nos puso en fila y con los brazos en alto. De repente se acercó a mí y me dio un tortazo, que me tiró al suelo. Me levantó y me reprendió diciendo: “los brazos en alto y la mano extendida y no con el puño cerrado”... Yo estaba acostumbrado ha (sic) realizarlo de esa manera. Todos estos preparativos eran para aprender el “Cara al sol”.

Al día siguiente, 22 de setiembre, cumplía 14 años. Aunque no estaba del todo recuperado me mandaron al Astillero. Cuando llegué, me asusté al encontrar montones de paja por el suelo y gente sobre ella. Yo iba muy limpio y aseado, pero me advirtieron que pronto me ensuciaría. Así fue, en poco más de una hora, cuando me quité la camiseta, mi cuerpo estaba lleno de piojos.

Nuestra estancia en los Astilleros del Ferrol, duró unos tres meses, al cabo de los cuales, nos condujeron a Bilbao, concretamente a la cárcel de Larrinaga. Una semana más tarde, fui llevado al Cuartelillo. Allí me encontré con el chaval de Ei-

bar, que continuaba enfermo. Trascorridas tres semanas, me desplazaron hasta el teatro Campos Elíseos de Bilbao, donde me reencontré con mi familia. Faltaba mi hermano, que había sido llamado a filas al tener la edad para incorporarse al Servicio militar. Esa noche nos dieron para cenar, agua con lentejas y un vaso de algo parecido a café con leche. Las butacas del teatro, sustituyeron a la cama.

A primeros de enero de 1938, nos condujeron en autobús a Lekeitio. Llegamos cuando era de noche, y al entrar en casa la puerta estaba abierta. Mi madre se puso a llorar; nos habían robado todo, incluida su máquina de coser...

A consecuencia de una denuncia —los buzos que cosió para mi hermano y sus amigos— en la que era acusada de colaborar con los rojos-separatistas; fue detenida al día siguiente y encarcelada en una casa del pueblo que había sido habilitada para ello.

Después se supo, que tanto el robo en la casa como la denuncia, lo habían realizado unas rederas que trabajaron con mi madre. Motivo, la envidia. Mientras tanto, una hermana de mi madre que había permanecido en el pueblo, nos informó que en el café de la Marina estaba instalado Auxilio Social, y que hacia mediodía fuera con mis hermanas para que nos dieran de comer. Llegada la hora, un falangista, nos dijo que para “los rojos no había nada”... Menos mal, que al enterarse nuestra tía nos dio algún alimento. Estando en casa, a la tarde, vino un chico para que le acompañase a Auxilio Social. Con otros chicos y algunos hombres, un falangista nos llevó al monte a cargar en camiones la leña, que estaban cortando con destino a las cocinas de Auxilio Social. Trascorridos ocho días, dejaron en libertad a la madre. Durante varios días tuvo que ir a fregar los pisos de familias fascistas. Más tarde, la Cofradía de Pescadores le llamó, para volver a realizar trabajos de redera. A primeros de febrero me vinieron a buscar, para ir al Círculo de la FET y de las JONS, situado en el Batzoki, (este había sido requisado). Un señor con galones de sargento, nos empezó a enseñar a un grupo de muchachos instrucción militar, con fusiles de madera, vestidos de flechas y pelayos y la cabeza cubierta con una boina roja. Durante tres meses, todas las tardes teníamos que acudir a realizar estos ejercicios. Los domingos marchábamos formados para asistir a la Misa Mayor que se celebraba en la Parroquia. Al cabo de mes o mes y medio, recibimos dos cartas: una de mi hermano mayor desde Sigüenza, donde se encontraba en un batallón de trabajadores. La segunda, del otro hermano; nos comunicaba que después de pasar por Pamplona, se hallaba acuartelado en Estella, en el batallón de montaña “Arapiles”. Un día se presentó en casa, a entrevistarse con mi madre, un albañil llamado José Pagoada, —un cacique facha—. Le manifestó que necesitaba un pinche.

— “Quiero que venga a trabajar conmigo tu hijo Antón... y personalmente me ocuparé de quitar la denuncia que tienes en el Cuartel “. A pesar de que esta proposición era un chantaje, mi madre no tuvo más remedio que aceptar. Durante algo más de dos años estuve con él. El primer año, sin salario ni seguros. Después de plantearle en repetidas ocasiones que si no recibía un salario me marchaba, a finales del año 1939, comenzó a pagarme 2,50 pts. al día. Había aprendido el oficio y ciertos trabajos los realizaba solo. En cierta ocasión, nos desplazamos a casa de una señora para realizar un presupuesto. Esta aceptó el mismo. A la semana siguiente, el Sr. Pagoada me dijo: “Antón, yo tengo un trabajo urgente, así que la obra de la casa de esa señora realízala tú”.

Después de preparar el material, me presenté en la casa. Quitó la cocina económica vieja y puse la nueva. Pinté y blanquéé todas las paredes, incluso el tramo de la escalera. El trabajo quedó totalmente terminado.

Al domingo siguiente, como de costumbre, fui a su domicilio a cobrar. Me comentó que esa semana estaba escaso de dinero. “Toma la factura del trabajo que realizaste, y cóbraselo a la señora”. Durante el camino leí la factura y cual fue mi sorpresa cuando vi que mi jornal era de 9 pts. diarias.

Al presentarle la factura a la Sra. Saturnina, que así se llamaba, me reprimió que me quejase de ganar poco, cuando la factura indicaba lo contrario. Le contesté que no la pagase, ya que el lunes aclararía el asunto.

Después de consultarlo con mi madre, decidimos que como mínimo me tenía que pagar 5 pts. diarias. Cuando le comuniqué que la señora no estaba dispuesta a pagar la factura por considerarla excesiva y exponerle yo, que quería un aumento de salario o me marchaba, se puso furioso, indignado y violento. Me amenazó con un martillo, me insultó llamándome rojo-separatista y amenazó con llevarme en la cárcel. “Al menos allí me darán de comer...” le respondí yo, “porque con lo que tú pagas...”. Acto seguido me marché. Era a principio del año 1941.



Ansotegi familia. Gerra aurreko argazkia.

Tan solo había transcurrido un día, cuando un guardia civil se presentó en mi casa, requiriendo mi presencia en el Cuartel. Entramos dentro, y allí estaba un brigada a quien llamaba “Macho”, no sé si de apellido o de mote. Preguntó, ¿eres tú el que ha dejado el trabajo? Le contesté afirmativamente. Acto seguido me cogió por detrás del cuello, me llevó al servicio y me obligó a agacharme hasta el inodoro, donde me amenazó con meterme la cabeza dentro. De vuelta al despacho, fui interrogado sobre la causa de mi marcha.

Le dije que era debido al bajo salario que percibía. Como respuesta, recibí un buen sopapo. Me dejó libre, no sin antes advertirme que ya aclararía la verdad. Corrí a casa, ya que suponía que mi madre estaría preocupada y tendría un gran disgusto, como así fue. La encontré medio llorando.

Unos días más tarde, tropecé en la calle con el Sr. Pagoada, y me acusó de que, por mi culpa, el Sindicato le había impuesto una multa de 5.000 pts. “No es mucho, mereces bastante más” le contesté. Una vez más, me llamó rojo-separatista y me manifestó que la ficha existente en la Guardia Civil, no estaba destruida y que allí continuaría. “Gracias por tu amabilidad...” ironicé. “Adiós”

No tuve ocasión de volver a practicar el oficio, ya que, aunque pude incorporarme a trabajar con unos albañiles que eran nacionalistas, desistí para no comprometerlos. Continué con mis estudios y posteriormente estuve enrolado durante año y medio en el pesquero “Nuestra Señora del Pilar”, hasta mi incorporación al Servicio militar.

Antonio Ansotegui Chacartegui  
Lekeitio, 2005-7-6



Lekeitioko Udal Artxiboa (LUA)